

Producto del corazón y la razón

Ricardo Hepp Kuschel
Presentación del libro "La gran Familia Gidi".
Estadio Palestino,
Santiago, 1 de septiembre de 2012

- *Quiero iniciar estas palabras con un afectuoso saludo a mi amigo Emilio Gidi Samur, que me confió la misión de presentarles hoy el magnífico libro de su familia, de la gran familia Gidi. Aunque grata, ésta no era una tarea sencilla, porque entrar a las páginas de una crónica de familia siempre entraña una incursión en un ámbito de privacidad, que es muy sensible.*
- *También saludo con mucho afecto a Enrique Yidi Daccarett, que fue tal vez el más activo de los sembradores. Lo hizo en tierra fértil, porque -ya ven- la semilla germinó generosa. Él viajó especialmente desde Barranquilla, en el Caribe colombiano, para encontrarse con los Gidi de Chile y participar en esta presentación. ¡Bienvenido, Enrique!*
- *Pero, también hay otros sembradores importantes que hoy presencian la tarea cumplida. Son Ricardo Gidi Yaar, de Chile, que hoy nos acompaña; y, en la distancia, Jesús Gidi Abugarade, de México; y Antonio Gidi, de Brasil, a quienes saludo cordialmente.*

Cuando el pasado deja de preocuparnos, se pierden las raíces que nutren el presente y, por tanto, el futuro se torna ambiguo. Todos nosotros somos fruto de quienes sembraron antes. Y, si la gran familia Gidi de América decidió emprender la titánica tarea de reconstruir su pasado, muchas veces fragmentado por la distancia y por tantos avatares, estas páginas permitirán que todos sus descendientes comprendan mejor quiénes son, de dónde vienen y dónde están sus raíces más profundas.

Con seguridad, el libro les ayudará a enriquecer su identidad personal y familiar, y también su sentido de pertenencia. Tras sumergirse en los textos y en la rica iconografía que ofrece, podrán decir, con propiedad: ¡somos una gran familia!

Las huellas son un potente concepto.

Es un tema que hemos abordado a menudo con Emilio, en una amistad ya larga. Él sabe bien lo que significan las huellas, porque él ha dejado muchas en Concepción. De su esfuerzo personal y de su capacidad de convocatoria -siempre amable y con una sonrisa amplia- nacieron instituciones como el Colegio Chileno Árabe de Concepción, de gran prestigio; y la Corporación Cultural y Educacional Chileno Árabe de Concepción, que preside. Estoy seguro de que quienes dejan huellas indelebles en todo lo que hacen, les resulta más fácil encontrar huellas en el pasado.

A mis alumnos, para ponerlos a reflexionar sobre el proceso de la comunicación, solía presentarles figuras rupestres protohistóricas, como algunos signos y esos misteriosos antílopes, venados o búfalos pintados en las rocas all interior de una caverna. Alguien, en tiempos remotos -unos 35 mil años atrás- quiso decirnos algo... No se trata de una repentina inspiración artística, sino de alguien del clan de la caverna que quiso dejar huellas de su presencia y de los suyos en aquel lugar. Y ¡vaya que lo logró! Aun hoy estamos alucinados con esos hombres, y tratamos de explicarnos cómo eran, cuáles eran sus costumbres, cómo se alimentaban y cómo se defendían de los peligros de su entorno.

Son dibujos, es cierto, pero esos venados o búfalos fueron *alfa*, la primera letra de nuestro pasado humano más remoto. Mucho más tarde, cuando surge la escritura, la vida empezó a ser inteligible. Empezamos a tener testimonios ciertos. La palabra escrita salió al rescate de la memoria.

oooooooooooo

Pero, dejemos de lado esta reflexión, que apasiona a historiadores y filósofos, y que yo sólo menciono para referirme a la profundidad de las huellas.

Los antepasados Gidi -mucho antes de que usaran su apellido- hicieron un largo camino desde la península arábiga hasta asentarse en *Bayt Lahm*, el Belén de hoy, y en sitios muy cercanos. Allí fueron testigos de migraciones, de guerras, de campos devastados, de días de paz y momentos de gloria.

En la Palestina histórica generaron raíces profundas. Y, más adelante, quizás supieron de un Niño que nació en Belén, en situación muy humilde, que se convirtió en el Mesías, y cuyas enseñanzas crearon una iglesia de alcance mundial. Quizás presenciaron la construcción de la iglesia de la Natividad -que data del año 325-; y con seguridad arriaron ovejas en el campo de los pastores en Beit Sahur; conocieron la Gruta de la Leche, que hoy es lugar de veneración de cristianos y musulmanes; y bebieron del agua de las albercas de Salomón, ese gigantesco acueducto, que hace más de dos mil años proveyó de agua a Belén e incluso a la cercana Jerusalén. En toda su existencia, el cristianismo ha tenido una presencia continua en Palestina y muchos cristianos palestinos -y entre ellos, quizás los Gidi- debieron ser desde muy temprano, guardianes de los santos lugares. Quizás... No sabemos fehacientemente si fue así, pero todos esos sitios y circunstancias formaban parte de su entorno más inmediato.

oooooooooooo

En este hermoso libro el lector percibirá varias plumas familiares. Desde el relato vigoroso, preciso, con fechas y acontecimientos, hasta el relato delicado, tierno, que describe la belleza y que despierta dulzura.

Hay abundante información, reflexión, historia, anécdotas, leyendas familiares, moralejas y descripción de costumbres y de acontecimientos del Medio Oriente y de la tierra palestina.

Es la riqueza de esta obra, que no sólo se detiene en quienes precedieron a sus autores, sino que reúne fotografías antiguas de distintas ramas familiares y hermosos dibujos, que permiten al extraño acercarse a la vida en Belén y conocer las causas que originaron la partida de su mejor gente, los más jóvenes y fuertes, que emprendieron la aventura titánica e incierta de la emigración a tierras lejanas cuando cerraba el siglo diecinueve y partía el siglo veinte.

Y, junto a lo anterior, el libro ofrece un sustantivo apéndice, que contiene la genealogía de los Gidi, con las distintas grafías del apellido -con ge, y griega o jota- pero todos unidos por un indestructible, aunque invisible hilo conductor familiar. En esta compilación genealógica trabajaron con mucho rigor los cuatro coautores que nombré anteriormente, y en Chile lo hizo Ricardo Gidi Yaar, que nos acompaña.

La genealogía reúne las ramas del árbol familiar de los emigrante Gidi, que se asentaron en distintos países de nuestra América, y las ramas menores de sus hijos, nietos y bisnietos, con el tronco belenita. Fue el sólido tronco familiar el que permitió que las distintas ramas, hoy llenas de hojas, se pudieran conocer e interactuar.

oooooooooooo

Como suele suceder en la vida, lo que para unos fueron lágrimas de despedida en la casa paterna; el vivir las incertidumbres e incomodidades; a veces, la discriminación y tener que superar las enormes vallas idiomática y de costumbres, para otros fue una fuente impensada de aporte para el progreso.

Chile, y otros países de Sudamérica, América Central y del Caribe se enriquecieron rápidamente con estos hombres tenaces y emprendedores, afectuosos, sencillos y acogedores.

Puedo sólo hablar de Chile, que recibió a la mayor colectividad palestina que vive fuera de su país de origen. Junto con velar por el bienestar de sus familias, por su trabajo y sus empresas, quienes llegaron al país entregaron en muy poco tiempo -en dos o tres generaciones- valiosas contribuciones en los ámbitos de la industria y el comercio; de la banca, de la cultura -hay algunos escritores y pensadores notables-; de las ciencias; de las artes; de la política; de la academia, del deporte y de tantas otras actividades, en las que han destacado.

Los pesares y contrariedades que vivieron los abuelos y bisabuelos cuando llegaron al país, se convirtieron en bendiciones para el desarrollo del país y para toda la sociedad chilena.

Buena parte de los descendientes perdió la lengua ancestral y la escritura árabe y muchos jamás pudieron regresar para visitar a sus padres y abuelos en el país de origen.

Pero, el mismo tiempo transcurrido, y tal vez el sentido de pertenencia que genera identidad, han ido revirtiendo la situación y hoy son muchos los jóvenes que están aprendiendo el idioma y su escritura. Y, a pesar del terrible conflicto que se vive en la Palestina ancestral con la ocupación militar de su territorio, la tercera o cuarta generación en Chile está viajando para conocer y vivir, aunque sea por unos días, experiencias que son difíciles de detallar, como el afecto de los descendientes que quedaron en Palestina; la historia, los santos lugares del cristianismo, vida diaria, como el color y el paisaje; y -en fin- hasta el olor y el sabor de las comidas.

Yo pude ser testigo privilegiado de la acogida que le brindaron los parientes de Belén y Beit Jala a Emilio Gidi, a su hijo Francisco, y a otros

descendientes de palestinos, cuando tuve la magnífica oportunidad de acompañarles en el año 2000.

Mientras todos se abrazaban con mucho afecto con personas a las que conocían poco o nada, sentí el mismo escalofrío que experimenté cuando llegamos con mi esposa, años atrás, al pequeño pueblo de donde proviene mi familia materna, en un frondoso valle entre los montes Sudetes, en la Silesia que fue alemana y hoy forma parte de Polonia.

¿Cómo podríamos llamarlo?

Quizás, el escalofrío que sienten los inmigrantes cuando regresan al lugar donde están todavía parte de sus raíces. Pienso que igual le ocurre a los descendientes croatas, ingleses, japoneses, suizos, chinos, franceses, coreanos, gallegos, andaluces, vascos y, en fin, a tantos otros cuyos antepasados contribuyeron a construir este país de emigrantes.

Debiera existir un lugar en Chile donde fuera posible reunir historias, genealogías y sagas familiares, como este macizo libro sobre los Gidi, para el estudio de nuestras procedencias, y para que un buen día, cuando los sociólogos indaguen sobre la composición del ADN de Chile, dispongan de información precisa y fidedigna de esa inmensa y valiosa red de emigrantes.

oooooooooooo

Queridos amigos Gidi: gracias por permitirme el enorme placer de ver, leer y presentar el libro de vuestra familia. Fue como ver en un espejo -o a través de él- el paso de los recuerdos y de qué manera ustedes siguen transmitiendo información y valores. Todo ocurre como en un *hermoso sueño que hace soñar*.

Tengan la convicción de que lo que se narra en este libro le importará a los Gidi que les siguen, pero también nos importa a todos los demás.

Y, a propósito del *sueño que hace soñar* -que es un concepto de corazón- tiempo atrás subrayé unas sencillas palabras en un libro del notable escritor chileno árabe, ensayista y narrador, Benedicto Chuaqui. No era una sentencia filosófica, sino simplemente unas palabras de Chuaqui que para mí tuvieron mucho sentido. El escritor reflexionaba sobre la dualidad humana, esa que no permite que nos pasemos el día soñando, pero tampoco sólo trabajando. Sostenía que *el corazón no razona, porque es puro corazón, y hay que acatarle*. Pero, advertía, *tampoco es posible vivir sólo razonando*.

Esta obra es producto del corazón y de la razón. Hay dualidad, tiene algo de ambas vertientes.

Les invito a hojear este libro y a conversar con algunos de sus autores.